

que formaban los ejidos? ¿No se gasta tanto dinero en municiones? ¿No se aniquila más la patria con la pérdida de tantos hombres?

.....Y, a pesar de todo lo que habíamos oído de las hordas salvajes de Zapata, comprendimos que aquel movimiento perfectamente definido, entrañaba una infinita aspiración de justas reivindicaciones.

Convencidos de esta verdad, sin dar pábulo a nuestras leves heridas, decidimos Montaña y yo ir a presentarnos a Emiliano, con quien nos ligaban viejos lazos de amistad.

CAPITULO XIX

En busca de Zapata

Sólo dos días permanecemos en Villa Ayala, y eso a instancias de nuestras familias que, como es natural, se rehusaban a dejarnos salir, pretextando que aún no estábamos en perfecto estado de alivio.

Nuestra marcha se imponía. Habíamos tenido noticias de que el general Leyva destacó de Cuautla una fuerza bastante numerosa para Jonacatepec, cuya plaza estaba amagada por la gente de Emiliano.

Decidimos nuestro viaje y salimos de Villa Ayala rumbo a Jantetelco, hermoso poblado al sureste de Jonacatepec, cabecera del distrito de Juárez. Jantetelco es famoso en el rumbo por sus "Picachos," dos cerros que parecen que en partes están cortados a punta de pico, y famoso también por sus huertas, cuyos granados dan un fruto gigantesco. Dícese también que Jantetelco fué la cuna del inmortal cura Matamoros.

Allí había establecido su cuartel general Emiliano Zapata, acompañado de su hermano Eufemio, Jesús Morales (a) "El Tuerto," Felipe Neri, Francisco Mendoza y otros "coroneles del Ejército Libertador del Sur."

Con grandes dificultades y en inminente peligro de caer en poder de las fuerzas del gobierno, porque ya en esos días gruesas columnas vigilaban constantemente los caminos de

Morelos, llegamos por fin a Jantetelco, después de dar una enorme vuelta entrando por Huasulco.

A la entrada del pueblo y donde se bifurca el camino para Jonacatepec, más de veinte hombres, bien armados y municionados, apuntando con sus Winchesters hacia nuestros pechos, nos marcaron el alto.

—Pie a tierra—gritó uno de ellos. Nosotros instantáneamente obedecimos. A nadie de los que allí estaban pudimos reconocer, jamás habíamos visto aquellas caras, no obstante que parecían ser del rumbo.

El que gritó, que era el que encabezaba la veintena de hombres, se acercó a nosotros y con voz áspera nos interrogó:

—¿A dónde van ustedes?

—A Jantetelco, deseamos hablar con el general.

—¿Y quiénes son ustedes?

—Somos revolucionarios y amigos personales de Emiliano.

—Tengo orden de que todo el que quiera pasar para hablarle, se desarme y se le lleve vendado de ojos. . . . si ustedes quieren. . . .

—Adelante—interrumpió Montaña con cierta impaciencia—que se nos vende y se nos desarme, pero que se nos lleve luego a presencia de Emiliano.

Cabalgaduras y armas quedaron en poder de aquellos hombres, dos de los cuales, armados hasta los dientes, después de vendarnos nos condujeron a pie hasta el centro del pueblo.

Jantetelco presentaba el aspecto de un día de fiesta, por lo concurrido de sus calles; pero una fiesta netamente militar. Por dondequiera, en las puertas de las casas, en las tiendas, en las fondas, en las azoteas, veíanse soldados revolucionarios vistiendo calzón y blusa blancos, calzando huarache y portando sombrero de palma, de ala y copa muy grandes. Estos hombres llevaban terciadas, a guisa de tirantes, dos cananas, otra en el cuello, a guisa de corbata, una en la cintura, una en cada brazo, y esto fuera del morral repleto de cartuchos.

Cananas por aquí, fusiles por allá, soldados que van, “co-

roneles” que vienen, deteniéndose en las puertas de las casas o de las tiendas o formando grupos en las esquinas, donde se discurre alegremente comentando los episodios de las jornadas anteriores y haciendo proyectos para las venideras.

Todas las mujeres del pueblo, solícitas, con la sonrisa en sus labios cobrizos, bajo de los cuales se ocultaban dos hileras de dientes marfilinos, con sus ojos negros, vivarachos, mirando aquí y allá, traían en sus desnudos brazos morenos y mórvidos, grandes chiquihuites de ricas “nejas,” que animosas repartían entre los “valientes soldados del ejército libertador.”

También en el corazón de la mujer suriana palpita el deseo de reivindicación. Como que también ellas sufren con el padre, con el esposo o con el hijo, las mismas vejaciones de que son víctimas sus hombres por los capataces de las haciendas y por los tiranuelos de los pueblos. También ellas son patriotas y también en sus corazones palpita aquel santo anhelo de libertad y de justicia a que aspiran todos los pueblos oprimidos de la tierra.

* * *

Emiliano estaba sentado en una banca de piedra en la plaza, al pie del monumento a Matamoros, rodeado de todo su estado mayor, compuesto de los que hoy son renombrados cabecillas.

Cuando estuvimos frente a él, los hombres que nos custodiaban nos quitaron el pañuelo que nos vendaba los ojos. Zapata, al reconocernos, se levantó, estrechándonos en fuerte abrazo. Después nos hizo sentar a su lado.

—Como deseaba verlos—dijo Emiliano—estaba pensando mandar por ustedes a Villa Ayala. Aquí necesito de hombres intelectuales para que me compongan un poco a esa gente que, una vez que empieza el combate, ni Dios mismo la detiene.

—¿Sabías que estábamos en la Villa?—dijo Montaña.

—¡No lo había de saber!—contestó Zapata en tono de satisfacción.

—Lo sé todo, desde que ustedes se unieron a Pablo Torres Burgos, a quien tanto he sentido, porque era un revolucionario de verdad. Supe el disgusto que tuvo con Tepepa, por lo que hizo en Tlaquiltenango; supe cómo murió heroicamente cuando descansaba al pie de un amate con sus dos hijos, sorprendido por los soldados de Gálvez; estoy enterado del susto que se llevó Escandón y cómo lo hicieron ustedes correr en Jojutla; conozco todo lo que pasó allí; la fusión de los hombres de Tepepa con los de Lucio Moreno; el ataque a Yautepec; cuándo llegaron ustedes a la Villa y, en una palabra, lo sé todo y muchas otras cosas que ustedes, que vienen del rumbo, las ignoran.

El servicio de espionaje con que contaba aquel hombre era asombroso. Todo lo sabía con admirable precisión, con acopio de detalles, que nosotros mismos, actores en aquellos acontecimientos, nos eran totalmente desconocidos.

Sabía con qué elementos contaba el gobierno para batirnos. Nos platicó que Escandón había renunciado el gobierno de Morelos y que marchaba a Europa a una comisión del general Díaz, dejando abandonado el Estado en los momentos más tristes, después de una administración fatalmente torpe.

El general Leyva, que en pasadas épocas no lejanas, había engañado al pueblo de Morelos haciéndole creer que era su adicto, disfrazado con la capa de independiente, ofreció sus servicios al general Díaz para ir a matar a aquellos hombres que lo habían aclamado y para pretender seguir extorsionando a aquel pueblo que se erguía altanero, obligado por la opresión ya insoportable. El general Leyva, ávido de oro y poderío, marchó sobre Cuernavaca con sus fuerzas a donde iba con el propósito de tomar posesión de la primera magistratura del Estado.

A su paso por Tepoxtlán, Leyva fué objeto de una marcada hostilidad y tuvo que salir de allí casi huyendo, pues no faltó quien intentara asesinarlo.

Emiliano también nos informó que el coronel Alberto

Aguilar, al frente de una columna mixta, había recuperado la plaza de Yautepec, dispersando a los hombres de Moreno y de Tepepa, habiendo salido herido este último de cierta gravedad, pues en lo más empeñado del combate, la columna de Tepepa fué atacada por los flancos, escapando con vida de allí milagrosamente.

Sabía que el general don Victoriano Huerta, hasta entonces totalmente desconocido por el rumbo, venía de la ciudad de los palacios con una numerosa columna de las tres armas, para exterminar al zapatismo.

Maravilloso, en verdad, era el servicio de información con que contaba Emiliano; razón por la cual estábamos a salvo de cualquier sorpresa.

Con el grado de coroneles y con el carácter de secretarios particulares, quedamos al lado de Zapata.

CAPITULO XX

¿Quién es Emiliano Zapata?

Alto, proporcionalmente formado, tez morena requemada por aquel sol abrasador de la comarca, ojos vulgares, pero de una mirada leonesa que aterra, largo bigote negro, casi siempre hirsuto, aspecto en general adusto, áspero, burdo en sus modales de cultura muy insignificante y de un corazón de acero templado en el yunque de mil persecuciones y mil maltratos de los jefes políticos y de los capataces de las haciendas.

Emiliano es hijo de una familia muy humilde de Morelos. Nació hace treinta y ocho años, poco más o menos, en la pintoresca Villa de Ayala.

Para el pueblo de Morelos, Zapata no es un enigma, no es un mito, no es un fantasma como lo han pintado las fantásticas imaginaciones de algunos chicos de "El Cuarto Poder," logrando que gran parte de la opinión pública forme en su torno una aureola de desprestigio, de maldición y de oprobio.

Para aquellas gentes, Zapata es la encarnación de los anhelos de reivindicación de la clase proletaria de Morelos. Zapata sintetiza el grito airado del pueblo que se yergue enfurecido reclamando lo que vilmente le ha sido usurpado, los egidos; Zapata, con sus huestes triunfadoras incendiando a su

paso campos de caña y destruyendo fincas de campo, es el genio seductor de las masas populares que, en represalia de las tropelías cometidas por los leales del gobierno, destruyendo poblados de indefensos moradores, venga la sangre inocente que se derrama porque no se quiere oír al pueblo que gime angustiado por tanto dolor como le aflige, que se levanta encolerizado por tanta ignominia con que se le azota.

Dicen los indios surianos que Teodorico, Meroveo y Decio, aquellos que vencieron en los campos catalúnicos al Atila que saqueó las galias, no han querido salir todavía para combatir y dominar al Atila que saquea la rica comarca de Morelos.

Cuando salgan a combate estos guerreros, el Atila que hoy, chorreando sangre a su paso por doquiera, va sembrando desolación y muerte, se convertirá en el más inofensivo corderillo. Solamente que esos guerreros no deben llevar ametralladoras y cañones; tendrán que llevar como lanza la justicia y como escudo la equidad.

Víctima de los hacendados, Emiliano fué siempre expoliado; tenazmente perseguido por el cacicazgo reinante en los pueblos, al que le debió infinidad de ingresos a la cárcel y, al fin, hace tres años, su filiación en el noveno regimiento. Las prisiones, los trabajos forzados sin causa justificada, las vejaciones, los despojos, todos esos atropellos sin cuento, hicieron que Zapata, el hombre trabajador y honrado, se convirtiera en agresivo, en feroz y hasta sanguinario.

A salto de mata, de aquí para allá, siempre errante y siempre perseguido; lejos del hogar y la familia, a la que siempre ha consagrado sus desvelos, anduvo prófugo por mucho tiempo, hasta que las condiciones políticas del país le presentaron una oportunidad para empuñar las armas contra el gobierno del general Díaz, que tanto lo hostilizó, y se lanzó a la revuelta no respondiendo ciertamente al llamado de la revolución maderista, cuyo fin único, como los hechos lo demostraron más tarde, era sólo derrocar una dictadura aristócrata para entronizar una demagógica, sino con ideales mu-